

Ortega: perplejidad y naufragio

CÉSAR PÉREZ GRACIA *

E *I tomo de las Meditaciones*
 Ha transcurrido justo medio siglo desde la muerte de Ortega en 1955, que coincide con la nueva edición de sus *Obras completas*, cuyos dos primeros tomos están en las librerías.

El primer tomo nos ofrece los textos primerizos de Ortega, el primero una “Glosa” gallega dedicada a Valle-Inclán, publicada en *El Faro de Vigo* en 1902, que no aparecía en la edición de *Revista de Occidente*. Así, a primera vista, consultando el índice, vemos otro texto cuasi-inédito, la tesis de Ortega —*Los terrores del año mil*— de 1904, que tampoco se incluyó en la edición de *Revista de Occidente*. En todo caso, el texto que reveló la valía literaria del Ortega mozo, sigue siendo su reseña de la “*Sonata de Estío*” de Valle-Inclán, 1904. En este sentido, esta primera etapa de su formación es clave, su asimilación crítica de la generación del 98, sus viajes con Baroja, sus discrepancias con Unamuno, su fervor por Azorín y Valle-Inclán, y más tarde, con los componentes de su propia generación, Antonio Machado, Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez, Menéndez

Pidal, Asín Palacios, Ramón Gómez de la Serna, Jarnés. De este modo, vamos viendo las facetas principales de Ortega: el ensayista literario y el pensador riguroso formado en el neokantismo alemán.

Culmina este tomo primero, con el ensayo fundacional de Ortega —*Meditaciones del Quijote*— 1914. En las notas finales se ofrecen las variantes con la edición de 1922. La edición más fiable y rigurosa de las *Meditaciones* orteguianas la publicó Julián Marías en 1957, en la universidad de Puerto Rico. En la Introducción podemos leer: “Pienso que todavía no ha sido leído en serio por más allá de media docena de personas.” Recuerdo que un día, don Julián me permitió echar un vistazo a su ejemplar de la primera edición de las *Meditaciones*. Había frases subrayadas con lápiz azul tenue, y contenía entre sus páginas algunas holandesas manuscritas, quizá del propio Ortega.

Se siente una emoción extraña ante los libros esenciales. Quizá hay una parte de fetichismo snob, pero puede —creo yo— la belleza del libro bien editado, cuya delicia mayor es su lectura. No digamos, ser comprendido, asimilado. No en vano,

* Escritor.

siempre se ha dicho, que los buenos libros de filosofía es menester leerlos muchas veces.

Glosa mariesca de la circunstancia

La mejor glosa de la frase orteguiana — “yo soy yo y mi circunstancia”— está en el *Miguel de Unamuno* de Marías, 1943. Se fija en un pronombre y un posesivo cruciales, yo y mi, con redondilla. La circunstancia no es abstracta, es la de cada cual, la propia e intrasferible. Mi circunstancia. Hay que tomar posesión de la circunstancia, conocerla a fondo. Y lo mismo sucede con el yo. “El hombre, además de ser un yo y el sujeto de sus actos, es persona”. El colofón es el sentido de la expresión “salvar las circunstancias”. Y si no salvo a mi circunstancia, no me salvo yo. No se puede uno escabullir de la circunstancia, porque si lo hace, uno ya no es uno, se petrifica o degrada, se fantasmiza o desvanece, el yo se convierte en farsa, embeleco, humo.

No hay que descartar que toda fórmula reflexiva puede anquilosarse como aforismo herrumbroso.

Entonces es preciso repensarla a fondo y volver a enunciarla desde el propio pellejo empírico.

La circunstancia como enigma
perenne

Como la vida no nos es dada hecha — nos recuerda Ortega—, es menester bregar con ella, como si la circunstancia fuese un gato panza arriba. La verdad, es que, si soy honesto, quizá una buena porción de mi libertad la debo a la divina amnesia. Diríase que a la vida le encanta desconcertarnos y burlarse de la razón precaria o circunstancial que nos sustentó en el pasado. En este sentido, este duelo cotidiano entre razón y vida, tiene un buen símil, en el torerillo que recibe al miura a porta gayola. O driblas al toro, o acabas en silla de ruedas. Voltaire se tomó a broma la razón optimista de Leibniz en su *Candide*, 1759, y en este sentido, la filosofía sirve

al menos para hacer chanzas o fábulas volterianas. “Il faut cultiver notre jardin”, dice la última frase de *Candide*. ¿No podríamos decir a la española —con Ortega—, hay que cultivar nuestra circunstancia? Pero, así y todo, el torillo de la vida diaria nos lleva al retortero como a peleles goyescos. Ni la propia vida, ni la razón, son cuentos de hadas. Quizá debería uno hacerse más escéptico, más incrédulo, pero, como hay días de todos los colores, vuelven a brotar las ilusiones, las pasiones, las ganas de vivir. Me imagino a Séneca en la bañera estoica, y lo veo como una pose teatral, como el Marat de David. No es rico el que tiene mucho, sino el que necesita poco. Es uno de sus aforismos estoicos. Pero Séneca fue un Onassis de Roma. La guasa del estoicismo cordobés. En este sentido, la circunstancia tiene mucho de logomaquia empírica irreductible. Hay que ser una especie de Spinoza o Kant de pacotilla para escabullirse —es un decir— de la jaula empírica europea. Gracias a Ortega, esa dimensión del estupor diario frente a las cosas, nos recuerda desde 1914, que el bosque español no es un cuento de Andersen, sino como dijo un orteguiano a regañadientes, un jardín de senderos que se bifurcan. O un poema de Frost : dos caminos se abren en un bosque amarillo.

Dos ejemplos de plenitud circunstancial

Julián Marías en el Sitio de Madrid. El mismo día en que entran las tropas franquistas en Madrid, fue a visitar a Besteiro, a dos pasos de la Puerta del Sol, en los sótanos del antiguo Ministerio de Hacienda, cuando eso significaba jugarse la vida. Véase sus memorias, *Una vida presente*.

No es inferior el temple vital de Savater en su ciudad natal, San Sebastián, ante el terror etarra.

Lo acompañé en cierta ocasión por las calles donostiaras, y puedo dar fe de que tiene valor a raudales. Por el

contrario, descubre uno lo que ya sabía Shakespeare, que los cobardes mueren mil veces, y el valiente una sola. Gracián lo expresó bien en uno de sus aforismos: donde no hay valor, toda sabiduría degenera.

Bodegón a lo divino. Mitologías comparadas

Cuando sumergimos la mirada en *Los borrachos* de Velázquez, vemos tal vez su lado de Roma pagana, como pintado por Tiziano, y su lado de Roma barroca o napolitana, como pintado por Ribera y Guercino. Esta visión híbrida, como de bacanal andaluza o Bética napolitana, nos pone acaso en la buena pista del enigmático punto de vista novelesco-cervantino. Cervantes y Velázquez comparten mocedad andaluza y fascinación por Italia. Quizá ambos reflejan esa forma de vivir a caballo entre dos orillas. Sevilla como puerto de Indias y Nápoles como puerto de la Roma española. Por un lado el oro de Indias, los galeones de México y Perú en el Guadalquivir, y por otro, los tesoros de Italia, el Apolo de Belvedere, el *David* de Miguel Ángel, las *Dánaes* de Tiziano, la *Roma* de Bernini. ¿Cómo afectaba esta atmósfera de mitología antigua —la Roma clásica— en contrapunto brutal con la mitología nueva —las Indias españolas y la Roma española?

El excelente ensayo de Thomas Dandeleit sobre *La Roma española* abre una nueva ventana sobre el papel crucial del mecenazgo español en el Renacimiento Italiano, que en rigor histórico fue un Renacimiento Hispano-italiano.

No olvidemos que Cervantes peleó en Lepanto en una Armada financiada con oro de Indias y Velázquez compró el *Lavatorio* de Tintoretto con doblones de Indias. España doblegó a Italia de 1500 a 1800 gracias al oro y plata de Indias. Los cronistas de Indias tienen rango homérico. Bernal Díaz es un Homero español. México fue su Odisea. Si los aztecas veían a los españoles como

dioses, los propios italianos mitificaron a los españoles, como nuevos dioses conquistadores de América. Carlos V era el nuevo Júpiter renacentista y Miguel Ángel lo incluye en su Juicio Final, como un Júpiter dantesco. Felipe II jamás pisó Roma, fue duque de Milán y rey de Nápoles, pero fue dueño absoluto de Italia durante medio siglo y no sólo levantó el Escorial, sino que el propio San Pedro del Vaticano es su testamento colosal. Esta perspectiva es crucial para entender la España barroca de Cervantes y Velázquez. En este sentido, Ortega lee la gran novela cervantina cuando España está en sus horas más bajas, en pleno 1898. Lo propio le sucede a Unamuno. Podemos preguntarnos: ¿cómo fue posible que en 1914 viese la luz el ensayo cervantino de Ortega? Justo en el tercer centenario del *Quijote*. El mismo año en que nació Julián Marías, el mejor lector y comentarista de ese texto. El propio Ortega tendría atalayas sucesivas para otear su circunstancia histórica de pensador vagabundo. No olvidemos que Descartes no murió en París, sino en el gélido Estocolmo. Madrid fue su amarga atalaya escéptica tras la ilusión inicial con la llegada de la República. Su atalaya final fue Lisboa, tras la desazón argentina. Publica *Historia como sistema* y escribe su *Leibniz*, publicado póstumamente en 1958. No olvidemos su regreso a Madrid, la aventura liberal del Instituto de Humanidades, codo a codo con Julián Marías, cuando ser liberal era una provocación, una temeridad. ¿Cómo se podía pensar o remozar la España cervantina en la coyuntura del siglo XX? Las nuevas circunstancias fueron una combinación de genialidad y fatalidad. Se pierde Cuba y nacen literariamente Valle-Inclán y Baroja o Azorín. En plena guerra del Rif surge la generación de Ortega y Picasso. Primo de Rivera convive con la generación del 27, con Lorca y Buñuel. Tras la tremenda guerra civil, en plena dictadura surgieron escritores magníficos como el propio Julián Marías, Cela o Delibes, y hacia 1970, Benet o Savater, digamos en el germen de la Transición. Incluso ahora mismo, tras tres decenios de monarquía constitucional, vivimos esa

contradicción y paradoja fecunda de excelencia individual y fatalidad étnica.

Caballeros de alquimia

Releo al azar un capítulo del Quijote (II-6). El ama pide a don Quijote que se deje de andar por los montes y se haga caballero cortesano, y él replica que los caballeros verdaderos son andantes. La sobrina no tiene pelos en la lengua, y pone a don Quijote verde. No puede ser caballero porque es viejo, dice sandeces y es pobre. El caballero le da la razón, pero añade —faltaría más— las de su infinita cosecha de lector infatigable. La gracia del personaje es su doble registro de hombre sensato y personaje chiflado. La sobrina se queda pasmada: Todo lo sabe, todo lo alcanza. Predicador, poeta a lo Garcilaso, lector impenitente de Amadís y Orlando. Esa mezcla es el duende de la novela. Hay frases tan agudas y pertinentes que nos hacen pensar en un Cervantes filósofo discreto. “Los cortesanos se pasean por todo el mundo, mirando un mapa”. Los andantes medimos la tierra con nuestros mismos pies. Es menester distinguir estas dos maneras de caballeros, tan parecidos en los nombres y tan distantes en las acciones. ¿No es admirable este humanista de secano que sabe distinguir tan finamente entre las palabras y los hechos, los mapas y los caminos polvorientos, y más admirable todavía que Cervantes nos haga reír con su absoluto dominio de la erudición cómica?

El tomo de El Espectador

El tomo segundo —1916-34— nos ofrece los ocho libros de *El Espectador*, la cima del Ortega literato, o dicho de otro modo, los ensayos de andar y ver, el Ortega viajero, el Ortega crítico literario, el Ortega meditador o pensador, camuflado tal vez de caballero snob, de profesor kantiano por las rutas de la vieja Hispania. A veces se nos viene a la memoria algún ensayo orteguiano —“*Paisaje con una corza al fondo*”, 1927— que situamos con toda certeza en algún

tomo de *El Espectador*, y resulta que nunca estuvo allí. Lo cual quiere decir, si no me engaño, que hay un Ortega clásico de estos tomos viajeros que siempre nos invitan a paladear el mundo en sus dos versiones supremas, la real o tangible y la escrita o impresa en libros. Este tomo segundo se abre con el libro *Personas, obras, cosas*, 1916, que fue su primer esbozo de lo que sería el estilo de *El Espectador*, con su artículo primerizo de “*Las ermitas de Córdoba*”, 1904, abriendo boca.

Este Ortega menor resulta a la postre el mejor Ortega. A ver si me explico. El volumen más antiguo que poseo de Ortega son sus “Notas”, una selección de *El Espectador*, publicada por Espasa-Calpe en 1928. Si no recuerdo mal, fue el libro con el que Julián Marías descubrió en su adolescencia a su futuro maestro Ortega. En la página 22, leemos la pregunta de oro ante la estatua del Doncel de Sigüenza: ¿Ha habido alguien que haya unido el coraje a la dialéctica?

Y al cabo de casi un siglo, uno puede responder que ha tenido la fortuna de conocer a dos personas que han ambas virtudes, la intelectual y la cívica, don Julián Marías en el Sitio de Madrid, durante la guerra civil, respaldando a Besteiro, y Fernando Savater en su San Sebastián natal, plantando cara a la hidra nacionalista de ETA y el PNV, más la izquierda burra.

Vemos así, que bajo la apariencia de discretos artículos o ensayos viajeros, Ortega logra inocular las más rigurosas reflexiones o preguntas en torno a los asuntos más graves o más placenteros del ser humano. ¿Y no es acaso ese tipo de preguntas o reflexiones una forma nada desdeñable de auténtica filosofía?

Pero no me quiero meter en dibujos. Creo que Ortega es tan genial escritor que hasta se puede permitir fingirse un Ortega modesto, discreto, por así decir, un costumbrista lírico de la estepa castellana. Digamos un Ortega entre Azorín y Juan Ramón Jiménez.

En cierto modo, ahí reside parte de su grandeza.

Supo sintetizar como nadie la gran literatura de viajes que va desde Jovellanos hasta Azorín, pasando por Bécquer. Recuerdo ahora a vuela memoria, un artículo soberbio de Larra sobre su viaje a las ruinas romanas de Mérida. Es esta fabulosa tradición del viaje literario español la que culmina en los ensayos viajeros de Ortega. Sus páginas sobre Sigüenza y el Doncel, o su semblanza lírica en un aldeón de Soria, de una moza con pintas de madonna gótica, a la que él bautiza con sorna castiza, Nuestra Señora del Harnero. Sus páginas viajeras de *El Espectador* son una cima de nuestro idioma.

Los ensayos literarios de *El Espectador* son magníficos. En *El Espectador II* aparece “Azorín o Primores de lo vulgar” 1917, reseña-ensayo del libro *Un pueblecito, Riofrío de Ávila* 1916, editado por la Residencia de Estudiantes, que también publicó las *Meditaciones del Quijote*. Así consta en esa primera edición que poseo. Tal vez es uno de los libros mejores de Azorín. Y no es casualidad que Ortega reflexionase con tanta perspicacia sobre el destierro de un ilustrado dieciochesco —Jacinto Bejarano— inventado por Azorín. Como si fuese la síntesis de Jovellanos-Feijoo-Cadalso-Moratín, en un tiempo en el que el XVIII español era un siglo en blanco.

De Cervantes a Proust

En *El Espectador VIII* aparece el ensayo sobre Proust —*Tiempo, distancia y forma en el arte de Proust*— publicado por la *Nouvelle Revue Française* en enero de 1923, tras la muerte del autor de la *Recherche*. Ortega fue lector precoz de Proust, y sintió lo que significaba su muerte tan temprana y brusco final de los tomos de Proust, las futuras delicias que se esfumaban con él.

Ortega sintetiza el mundo proustiano — un estío en la costa normanda, unas muchachas florecientes—, pero

enseguida su pensamiento rechaza el tópico, y al igual que sucede con Monet o Degas, nos dice Ortega, el tema no es una catedral o una bailarina, sino “el cendal (velo de seda) de cromáticas vibraciones en que las cosas, sean cualesquiera, viven suntuosamente envueltas”, pág. 791.

La clave no son los recuerdos como tiempo fósil, sino el arte de recordar las cosas, la perspectiva del presente en estado de fervor tembloroso. Proust o el entusiasmo reminiscente. El párrafo en el que analiza Ortega el tiempo novelesco proustiano es crucial. El adagio proustiano podría ser: prohibido maquillar el pasado. La memoria es un campo de ruinas biográficas, y no vale restaurarlas en la hora presente. El tiempo perdido significa el tiempo ruinoso del pasado. En ese sentido, Ortega ve a Proust como un romántico que descubre el valor monumental-novelesco de la memoria como naufragio perenne. Los recuerdos son islotes de la pavorosa constelación del olvido.

El arte de mirar las cosas desde una distancia nueva, por ejemplo, una mano, invita a Ortega a ver esa mano “proustiana” como una selva liliputiense de vello. El amor de “puntillismo psicológico” de Swann “no tiene forma alguna de amor”. Hay una frase feliz: “De lo que Stendhal dibuja a lo que Proust pinta, va la misma distancia que de Ingres a Renoir”. Es curioso que Ortega prefiera la Sanseverina de Stendhal a la duquesa de Guermantes de Proust.

La tortura dilatoria —delectatio morosa— tiene algo de martirio cronológico de la narración. En este sentido, Cervantes y Proust son genios de la dilación o digresión novelesca. En su libro *Monsieur Proust*, Celeste Albaret nos cuenta cómo enseñó a Proust a incrustar papelajos —paperoles o bequets— como acordeones en la corrección de pruebas de los últimos tomos de la *Recherche*. Se dilata sin progresar, dice Ortega.

De haber vivido cien años, Proust seguiría sin concluir su *Recherche*.

Los ensayos orteguianos siempre dan más y menos de lo que prometen. Más, porque encontramos siempre tesoros inesperados: “Recordar no es, como razonar, caminar por el espacio mental, sino que es el crecimiento espontáneo del espacio mismo”, pág. 797. Y menos, porque, como nos advierte mil veces, todo ensayo es mero prólogo.